

# AMOR POR INTERNET

LA PASION DE MARIA

MARI CARMEN GARAU POL

## Capítulo 1

Tenía tres botes de pastillas en mi mano y estaba en la habitación 301 del hotel. La mano me temblaba de una manera descontrolada y el corazón me palpitaba a mil por hora.

Una parte de mí quería abandonar aquella absurda existencia, en la que no era libre para ser feliz. Pero había otra parte que me sujetaba y no sabía si era por temor a lo desconocido o era porque en el fondo de mi inconsciente, aún tenía un atisbo de esperanza en que todo cambiara.

Aunque no sabía qué era lo que podía cambiar cuando no había absolutamente nada de este mundo que pudiera llenar el gran vacío que sentía por dentro.

Los psicólogos me recomendaban que empezara actividades nuevas, que conociera a otras personas y me apuntara a grupos que realizaran cualquier labor...

Pero apenas podía salir de mi cama por las mañanas. No quería hacer nada y mucho menos ver a nadie.

No podía permitirme suicidarme con dolor. Le temía más al dolor, que al propio vacío. Entonces, cualquier cosa que tuviera que ver con la sangre o con golpearme quedaba descartado.

Pensaba en la suerte que tenían los anestesiistas. Había oído hablar de que muchos de ellos lo habían hecho inyectándose una dosis muy alta del líquido que utilizaban y se quedaban dormidos para siempre.

En el caso de las pastillas no tenía demasiada información. No sabía si funcionaba igual que con la anestesia o sufrías algún tipo de trastorno mientras te estabas marchando de este mundo y eso me preocupaba.

Lo que sí tenía claro, es que un amigo que lo intentó me contó que lo peor que le había pasado en su vida fue cuando le hicieron el lavado de estómago.

Dijo que se le quitaron las ganas de volverlo a intentar.

Y por eso, si se hacía, había que prepararlo bien. Porque mi intención no era llamar la atención de nadie para luego sufrir las tempestades de una recuperación. Y encima aguantar horribles sermones y lloros de algunos familiares.

Mientras permanecía con uno de los frascos vacíos en una mano, y todas las pastillas en la otra, me debatía entre el sí o el no.

Sabía que una vez que entraran en el cuerpo, ya no haría nada que impidiera que siguieran su curso.

Tenía el cartel de “no moleste” colgado de la puerta, para que me dejaran en paz unos días y asegurarme así que no me encontraran a tiempo para llevarme al hospital.

Las miraba y las miraba una y otra vez. No me cansaba de hacerlo, pero el pulso se me aceleraba de una manera escandalosa, cada vez que me las acercaba a la boca.

Creí que moriría de otra manera. Siendo una anciana, cogida de la mano de mis hijos, y mirando a los ojos al hombre de mi vida. Sin embargo, estaba muy lejos de aquel sueño infantil. A años luz diría yo...

Pensaba mucho en mi madre. Ella fue quien en verdad me salvó la vida, al igual que fue quien me la dio.

Me trajo al mundo con tanta ilusión... eso es lo que ella me contaba. Y despreciarle este regalo de esta forma. Quitándome la vida... muy mal... fatal.

Lo único que conseguiría con eso era salir de este infierno para introducirla a ella automáticamente en él.

Eso no podía consentirlo. Esas ideas locas de los suicidios tenían que empezar a desaparecer de mi mente y subsistir como fuera. Aguantar la nada día tras día, mes tras mes. Y dejar pasar los años hasta que ella no estuviera en este mundo para poder irme también.

Me fui a la recepción del hotel y devolví las llaves habiendo permanecido en la habitación tan solo diez o quince minutos, a pesar de que pagué una estancia de tres días.

Volví a casa con Fernando y con su madre, y nos sentamos los tres como cada noche a ver la televisión.

Fernando había llegado tras una dura jornada de trabajo como arquitecto que es. Mi suegra había vuelto de la compra y estaba a punto de preparar la cena y yo... me limitaría a hacer de inútil como venía haciendo desde hacía dos años, desde el momento en el que el ginecólogo le dijo a Fernando que nunca llegaría a ser padre, porque yo era totalmente infértil.

Todo se complicó desde aquel momento, porque el sueño de mi marido siempre fue formar una familia. Era una obsesión para él.

Desde entonces empezó a ignorarme, y a hablar con su madre como si yo no existiera.

Nunca, ni siquiera de jóvenes me abrazó. Ni jamás me dijo: te quiero. En verdad no había sentido nunca el calor de un hombre.

Dormía con él y copulaba conmigo como si yo fuera un mueble.

Después se apartaba de mí y me dejaba llorando. Esos eran los únicos ratos en los que me tenía relativamente “en cuenta”.

Pero no me gritaba ni se quejaba nunca. Tenía suerte si coincidía con él por el pasillo y con un gesto brusco me formulaba un:

- Aparta.

Mi suegra sin embargo si me tenía bien presente. No me dirigía la palabra, pero solía mentarme bastante delante de su hijo refiriéndose a mí como “la inútil”.

Intentaba persuadirle de que trabajara, pero él, cuando ella le hablaba de mí, se quedaba callado pensando en sus cosas, hasta que se le ocurría otro tema del que hablar.

Y mientras tanto yo contemplaba todo aquello atónita.

¿Y si había muerto? ¿Y si lo que estaba pasando es que había tenido éxito en alguno de mis intentos de suicidio como en la película el Sexto sentido, y no lo sabía? Quizás por eso no lograban verme...

Nadie venía a visitarme a casa desde hacía años. En verdad me daba vergüenza. Solo imaginar la que se liaría si Andrea viera como me trataba Fernando. Y la bruja de su madre...

Y ella no era la única que sufriría por mi situación. No sé qué hubiera pasado si mis padres hubiesen venido.

Ellos están divorciados. Pero jamás se procesaron un trato como el que yo estaba recibiendo en aquella casa.

Mi madre se hubiera estirado de los pelos con mi suegra si esa mujer no hubiera tenido la prudencia de controlarse, y de ver que lo de llamarme inútil, no era una cosa que estaba bien.

No sé si hubieran hecho una comedia; algún tipo de interpretación, de eso no tengo ni idea. Pero lo que si se cierto, es que Fernando por nada del mundo, me hubiera dirigido la palabra. Eso era imposible ya en él.

Estaba en la maldita casa de un arquitecto y solo tenía dos habitaciones. Era algo demencial.

Un hombre que quería una gran familia y construyó una casa para dos...

En más de una ocasión me habría ido a dormir al sofá, huyendo de la energía de Fernando, de no ser porque mi suegra se levantaba cada dos por tres a deambular por la cocina a saber para qué y pasaba por delante del salón.

En una ocasión, fui a un bar con mis dos mejores amigas. Andrea y Catalina.

Andrea estaba siempre de mal humor porque su novio era algo extraño. Salía con ella, y después la dejaba para semanas después volver a salir de nuevo con ella. Llevaban así alrededor de un año. Y no sabía cómo arreglarlo a pesar de confesarnos una y otra vez que estaba de lo más harta.

Catalina sin embargo era una bonachona. Estaba casada con su magnífico marido, y era muy feliz. Sin embargo todos sabíamos que era el hombre más infiel de la tierra, menos ella.

Pero Andrea y yo probamos de tantearla para hablarle del tema varias veces, y nos dimos cuenta tras varias preguntas, de que ella no quería saber nada de todo eso. Ella era feliz en su mundo, y así quería seguir.

Aunque cada vez que nos hablaba de las maravillas de su marido, a Andrea y a mí se nos ponían los pelos de punta.

Ellas dos sin embargo, tenían carta blanca conmigo para decirme TODO lo que pensaban.

No quería que me ocultaran nada.

Yo, al contrario que Catalina, no quería vivir en un mundo de mentiras. Quería vivir en un mundo de sueños, pero no de mentiras.

- No puedo entender como aguantas al idiota de tu marido – me dijo Andrea – si por mí fuera le iban a dar totalmente por saco...
- Tú no puedes hablar mucho – le respondió Catalina – tampoco es que tengas a un Don Juan. Creo que simplemente debería dejarle porque le daña psicológicamente. Pero a ti también te hace daño Javi. Siempre va contigo hasta que se cansa y luego va con otra. Luego te echa de menos y vuelve contigo. Eso no es vida.

Andrea empezó a encenderse y a toser a propósito como para prepararse para arrancar, y yo le di una patada por debajo de la mesa. “Cállate” Pensaba para mis adentros. “Como sueltes alguna de su marido la vamos a liar gorda”...

- No es tan fácil Catalina. Las cosas no funcionan siempre como nos imaginamos – le comenté viendo que Andrea ya había tomado aire –tú no estás en mi piel. No sabes nada de lo que en realidad me pasa por dentro.
- Yo lo único que deseo es que tengáis a un hombre que os quiera. Creo que os lo merecéis. No es porque seáis mis amigas, pero objetivamente os considero unas buenas personas.

Después de estas últimas palabras, Andrea se quedó algo más relajada.

Sin embargo a mí su comentario no me había penetrado lo más mínimo.

No me consideraba una buena persona que se mereciese cosas. Más bien al contrario. Y había sido castigada por ello.

Catalina tenía dos niños preciosos. Y Andrea, aunque fue madre soltera muy joven, tenía una niña encantadora que ya tenía diez años.

En mi caso nada de nada...

Entre ellas hablaban de sus hijos y cuando se daban cuenta de que probablemente las estuviera mirando con alguna expresión celosa o incluso envidiosa, sobre lo que estaban contando, se callaban de repente y cambiaban de tema.

Cosa que aún me frustraba más, porque eso de callarse, me demostraba que me estaba perdiendo algo muy importante.

Tenía que contener las lágrimas para no echarme a llorar como una desesperada. Realmente yo también hubiera deseado tener hijos...

Las dos eran las personas más amadas del mundo por unos pequeños seres, algo que yo no experimentaría jamás, y Fernando no quería adoptar.

Él solo deseaba tener hijos biológicos, supongo que porque él sí podía tenerlos algún día, y debía estar esperando mi defunción o algo parecido.

Tal vez a eso se debiera su actitud. A que quería que me fuera de la casa, andando o bien suicidándome. Pero que saliera de su vida. Y por eso me la estaba destrozando.

Aunque no parecía un hombre tan maquiavélico. A pesar de que siendo arquitecto diseñaba planos. Y al igual que hacía planos, también podía hacer “planes”.

Aunque no me cuadraba que me pagara a un psiquiatra. O tal vez llegó a pensar que mediante terapia lograría descubrir que mi vida era una detestable penitencia y que tenía que irme de allí como fuera...



Eso es algo que nunca llegué a saber en realidad. Si su actitud fue a propósito o fue una reacción natural de asco que cogió, ante algo que yo le había negado injustamente.

- Lo realmente impactante María – me dijo Andrea recogiendo el pelo – es que no le digas que NO a tu marido. No tienes ninguna obligación de tener relaciones sexuales con él. Eso es lo incomprensible...
- En eso estoy de acuerdo con Andrea – se apuntó Catalina con cierta convicción en su voz – si no le amas, no deberías hacer con él un acto que implica amor.
- Amor o placer sexual – gruñó Andrea.
- Sabes que eso del placer sexual no es algo que comparto – se indignó Catalina.
- No empecéis – les dije a las dos comenzando a agobiarme por el derrotero de la conversación – cada una hace las cosas según sus creencias. Yo me casé creyendo en el matrimonio, y juré amar a Fernando pese a cualquier circunstancia.
- No me hagas reír María – respondió Andrea mientras Catalina asentía con la cabeza – es la estupidez más grande que he oído en toda mi vida. Hasta Catalina está de acuerdo. Y eso que bien sabes que somos el día y la noche. Ella es una santona puritana y yo... bueno, a mí ya me conocéis.
- No soy ninguna santona con Antonio. Solo que no os explico los detalles de mi vida matrimonial. Eso es todo.
- Bueno, no es de eso de lo que te hablo cariño – le respondió Andrea con condescendencia.

Tenía dos amigas que discrepaban acerca de cómo vivir el amor y la sexualidad, pero ambas estaban de acuerdo en que mi vida con Fernando no era una relación. Era un desastre, una prisión.

Que mi marido para Catalina, era mucho peor que Javi, el novio de Andrea quien se iba con cualquier mujer de piernas largas hasta que se hartaba y volvía con ella.

Y Andrea estaba convencida de que Antonio, el marido de Catalina, quien era un hipócrita infiel las veinticuatro horas del día y la noche si podía, era mucho mejor que Fernando.

Desde luego ninguna de ellas estaba con botes de pastillas en las manos, pensando en irse a toda prisa de este mundo.

Ambas tenían ilusiones y proyectos, aunque Andrea viniera hecha unos zorros porque su novio acabara de conocer a otra mujer.

Ella tampoco perdía el tiempo cuando eso ocurría, ya procuraba conocer a algún guapetón con quien consolarse. No se sentía entonces una víctima. Se limitaba a vivir lo mejor que podía amargándose lo menos posible.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

